

# Elixir estomacal

MI experto en economía es un compañero de estudios de Rudolph Hilferding o Hilferding o como se diga, porque no hay nombres tan difíciles de pronunciar como los de los socialistas alemanes. Bien. Mi experto en economía estudió con Hilferding a fines del siglo XIX, y en 1934, cuando ya tenía sus buenos cincuenta años de edad, un grupo de SS le ayudó a recapacitar sobre lo absurdo de ser internacional-socialista, cuando se podía ser nacional-socialista y todo quedaba en casa.

—¡Ah, bueno! Si sólo es eso —dijo el economista, que era muy pragmático—. Pues entonces, a su disposición.

Los chicos de las SS ya habían sacado la cámara de gas portátil por sí las moscas (el experto vivía en una zona de Baviera, muy cargada de abonos animales). Pero se la guardaron en el estuche y me trajeron al economista.

—¿Con que usted es discípulo del Hilferding ese?

—Jefe, me parece que se llamaba Hilferding.

—No, hombre, no —terció un SS presencial—. Se llamaba Hilferding.

—¡Paleto! Dijimos al unísono el experto y yo, y desde entonces nació una corriente de buena amistad entre los dos. Desde 1934 se lo he consultado casi todo. Fue el que me aconsejó que no le quitara el imperio Krupp a los Krupp, porque era poco rentable.

—Me da pena que lo herede el Alfredo, mira. Yo a estos tíos de la «droite divine» es que no les puedo ni ver.

—No es mal chico. Lástima que use una ropa interior tan decadente.

—¡Y extranjera! —grité yo algo molesto porque Canarias me



había informado de que Alfredo Krupp utilizaba calzoncillos especialmente diseñados para él, por Cocó Chanel.

Pues bien. Cuando me enteré que Siccó Mansholt, presidente del Comité de Comunidades Europeas, había sacado un informe crítico sobre el crecimiento capitalista y abogaba por un control del Estado sobre la organización económica y sobre las relaciones interclase e internacionales, me interesó la tesis, a pesar de que Mansholt sea un destacado miembro del partido socialista holandés. Llamé a mi experto. El pobre tiene ya casi cien años y lo conservamos en un cajón de la cómoda, el más bajo y fresco. Le

he puesto medio kilo de bolas de naftalina de colores, y le alimentamos con inyecciones de extracto de salchichas de Francfort. Para escuchar lo que dice hay que meterle un amplificador en la boca, pero con cuidado, por-



que han desaparecido las naturales barreras dentales e incluso la campanilla la tiene tan arrugada el pobre que parece una chufa previa al remojo. Con todas estas precauciones le he dicho:

—¡Mansholt!

—Gracias, Adolfo. Tú también eres muy maño.

—¡Mansholt, gagá de las narices! ¡Mansholt!

Me ha costado media semana ponerle en antecedentes del asunto. Finalmente, mi anciano asesor me ha dicho: Plan 567-

## CONSEJOS AL SEÑOR MANSHOLT

Marlene. Y una bombillita, esa trémula bombillita del recuerdo se ha encendido en la caverna de mi inmenso cerebro. He ordenado a mis portadores que me llevarán inmediatamente al sótano supersecreto, donde conservo mi archivo inmortal (¡que lo vayan buscando en el fondo del lago Lemán! ¡Imbéciles! ¡Allí sólo arrojé media docena de cajas llenas de huesos de gitanos húngaros). Una vez allí he buscado el plan 567-Marlene y he comprendido que a pesar de la edad, mi asesor es más útil que muchos jovencitos recién licenciados por las Facultades de Ciencias Económicas. Allí, escrito con una letra inglesa preciosa, con perfiles y gruesos matizadísimo, figura un plan económico que haría las delicias del tontón de Mansholt. En letra redondilla, delicadita, tibia, como culitos pequeños y bien rellenos, están las notas al pie de página. ¡Forma y fondo! ¡He aquí una evidencia de que aquellos tiempos eran los de la identidad entre forma y fondo! Porque ahora, el Mansholt ese llega a conclusiones muy parecidas a las nuestras, pero las saca por computadores, por máquinas dactilográficas, las transmite por telex, las escribe a máquina y todo el mundo se cree que es todo muy nuevo, muy actual. Es el problema de estas jóvenes generaciones. Cambian la forma y echan lodo sobre formas antiguas porque han «envejecido». Lamentable.

Bien, mi plan 567-Marlene ul-

tima algunas de las propuestas de Mansholt. Por ejemplo: donde Mansholt dice que hay que controlar la natalidad, de una manera indiscriminada, mi plan decía que hay natalidades que merecen ser controladas y otras que no; donde Mansholt dice que hay que frenar la producción de bienes de consumo en beneficio de los servicios y que hay que sustituir el incentivo de mejores salarios por el incentivo de las mejoras sociales, nosotros decíamos que una buena guerra de anexión era una mejora social suficiente como para que al que le pique se rasque y ande yo caliente, riase la gente.

Entonces fue una idea genial. He metido mi plan en un sobre y se lo he remitido a Mansholt con una sigilosa nota aclaratoria.

«Yo soy el que soy, Siccó. He sido más importante que tú y he visto la historia desde el nido de las águilas. A tu perspectiva de reptil socialista uno yo mi perspectiva de águila imperial. Y te brindo, no te lo mereces, mi plan

567-Marlene, elaborado por un discípulo de Hilferding o Hilferding, que eso sí que lo sabrás bien, porque este tío era uno de los tuyos. Pero veo que no eres tonto y sabes que el negocio del capitalismo imperialista-competitivo se acaba. Haces bien. No te digo más.»

A. H.

Si quiere entender, ya entenderá. Pero no hay más ciego que el que no quiere ver, y a pesar de la nobleza de mi propuesta, a pesar de la lógica de mi plan, a



lo mejor, si adivina quién soy yo, destruye mi carta y mi plan para que no se diga que nada con malas compañías. Inútil medida. Yo me he limitado a enviarle una copia y, además, he hecho añadir medio kilo más de bolas de naftalina de colores a mi asesor. Por cierto, que cuando se las ponía, el viejecito susurraba por el amplificador:

—¡Qué bueno eres, Adolfo! ¡Si lo supieran!

Y una lágrima de medio litro se me ha escapado de mi paralizado ojo izquierdo y le ha caído en mitad de la fosa bucal.

—¡El mar! ¡El mar del Norte! Ha empezado a desvariar en su pangermánica locura.

**Adolfo**

## 7 PREGUNTAS AL LOBO

¿Cuántos pelos de «hippies» caben en una calva de un señor de derechas?



¿Cuántos millones de veces se ha dicho la palabra dialéctica sin saber qué se decía?



¿Cuántas toneladas de humor hay que echarle encima a un señor serio para que se ría un poquito?



¿Cuántos críticos de televisión tocan por programa transmitido?



Si continuamos a ritmo creciente la emigración y el turismo, ¿cuántos turistas nos tocarán por español en 1985?



¿Cuántos años de guerra ha habido en el mundo por cada semana de paz?



¿Cuándo desaparecerá la censura cinematográfica?

